

La Bella Easo⁽¹⁾

El nombre de Don Arturo Campión es el más prestigioso de cuantos hoy cultivan las letras en el país vasco-navarro. La actividad del insigne polígrafo navarro es tan vasta que abarca desde los trabajos áridos de la lingüística hasta aquellos en que luce las galas de su musa lozana, fresca y brillante en obras de literatura amena; posee por igual las bellezas del vetusto idioma de Aitor y las magnificencias de la lengua de Cervantes; la historia de *Euskal-erria*, le debe investigaciones serias y concienzudas, encaminadas á seguir las huellas de la civilización á través de los tiempos en la tierra euskalduna: á las excepcionales dotes que para este género de trabajos son indispensables, une la de gozar de la intuición del vidente, que vidente se necesita ser, no sólo para adivinar los sucesos del porvenir, sino también para atisbar las lejanías brumosas del pasado.

De que Campión era un excelente novelista se nos dió buena prueba con la publicación de *Blancos y Negros*, que á despecho de la indiferencia de la prensa regional y del silencio de los rotativos de la corte, que gradúan de genios á cuantos intrigan en sus redacciones, mereció el aplauso entusiasta de quienes saborearon en las páginas de aquella obra la trama de una acción ajustada á la realidad de la vida, la fluidez y naturalidad del diálogo y las maravillas de la descripción del paisaje, varonilmente hermoso: esas dotes del literato armonizaban perfectamente con la finalidad, del libro; la paz y unión entre todos los vascos de buena voluntad que á todo otro linaje de afecciones deben anteponer el amor al Solar en que vinieron á la luz de la existencia.

Ahora se nos presenta ocasión de admirar á Campión como nove-

(1) Arturo Campión. — *La Bella Easo*, novela, 2 tomos en cuarto menor, de XXVIII — 274 y 274 páginas. Prólogo de Don Francisco Gascue. — Pamplona, Imprenta y Librería de J. García, 1909.

lista de primera fuerza, y en *La Bella Easo* se nos revela aún con mayores arrestos y más pujanza que en *Blancos y Negros*. Puede decirse que en esta obra se han puesto á contribución todas las condiciones con que Dios enriqueció á su autor para triunfar en este género de empresas: un estilo espléndido, sugestivo y rico en colores, en las descripciones, conciso en el diálogo, sóbrio en el dibujo de los caracteres, pone de manifiesto el absoluto dominio con que Campión maneja el castellano; la feliz visión del conjunto y la precisión y justeza en el detalle, indican al lector el perfecto conocimiento que el insigne escritor navarro tiene del campo en que se mueven los personajes de su novela; y en ella campea una serenidad tal de juicio, que á pesar de ser una obra en que la acción se desenvuelve en virtud del choque de opiniones encontradas y de creencias y convicciones contrapuestas, no se emplean por el autor aquellos procedimientos tan socorridos, que consisten en encasillar á, las personas en buenas ó malas y cargar sobre ellas las tintas sombrías ó rosadas, ó según el aprecio que mereciesen á quien las crea en su imaginación. *La Bella Easo* acaso no sea una obra de combate, en el sentido que á estas palabras suele darse; pero es algo que á eso se parece, puesto que plantea una cuestión que seguramente es discutida; así y todo el novelista, si no mantiene precisamente una impersonalidad á lo Flaubert, guarda una respetable distancia del terreno donde debaten los hombres de su novela, y sólo deja vislumbrar su manera de sentir á través de ciertas apreciaciones que han brotado de su pluma. Mas es de advertir que si sus preferencias se inclinan á un lado determinado, no intenta hacerlas prevalecer y triunfar rebajando ó denigrando á quienes militan en el otro campo. Las gentes de *La Bella Easo* son como son en la vida, sin que su talla moral haya sufrido merma ó aumento alguno al pasar de las calles de Jayápolis á las páginas del libro. *Jayápolis* es San Sebastián; y los que conocemos la capital guipuzcoana, podemos asegurar que los tipos que desfilan por *La Bella Easo* son tipos de carne y hueso que viven y hablan en la novela como hablan y viven en las plazas, paseos y círculos donostiarra; no se nota violencia alguna en su manera de ser; son como son. Y sin embargo ¿puede asegurarse que *Guzirako*, Irigoyen, Alzaga y demás personajes de *La Bella Easo* corresponden á conocidos hombres de San Sebastián, á quienes se puede señalar con su nombre y apellido? Creemos sinceramente que ni y estimamos como uno de los méritos más salientes de la novela que nos sugiere estas líneas, el feliz acierto que su autor ha tenido al escribir una obra

que respira puro ambiente donostiarra, sin recurrir á retratar servilmente tipos y escenas, que muy fácil le hubiera sido trasplantar de la vida real á la vida de la imaginación. Mas si así y todo hubiese alguien tan perspicaz y excesivamente receloso que pretendiese hallar semejanzas y coincidencias entre las gentes de *Jayápolis* y las de San Sebastián, puede Campión presentarle sus excusas con aquella ingeniosa respuesta que Alfonso Daudet diera á quienes le acusaban de haber llevado á las páginas de su *Nabab* las fotografías de personas que de todo Paris eran conocidas.

Un reparo hemos de oponer á *La Bella Easo*, y es el excesivo uso que su autor hace de ciertos procedimientos naturalistas, que si fueron discutibles siempre, hoy están desacreditados y pasados de moda. Algún pasaje de *Blancos y Negros* y un *Idilio* dedicado á Doña Emilia Pardo Bazán, delatan que en Campión es antigua la preferencia por ellos, sin extenderla al sistema. Con todo el respeto y toda la admiración que nos merece la personalidad del autor, hemos de decir que esos atrevimientos pudieron tener como justificación en otras épocas en las corrientes que á la sazón dominaban. Pero hoy no es así; hoy han perdido mucho terreno aquellas tendencias: en vida de Zola, el pontífice máximo de la escuela, apenas pasaba un día sin que en periódicos, y revistas se hiciese la apología de sus obras; pocos años hace que ha muerto el autor de *La Terre*, y diríase que perteneció á otra edad á juzgar por el silencio que respecto á él se guarda: sólo de vez en cuando se exhuma su *J'Accuse*, tan ajeno á su labor literaria, y que tanto contribuyó á las agitaciones políticas de reciente fecha, en la vecina República. En España el único que se mantiene fiel á los principios de la escuela es Vicente Blasco Ibañez. De las porquerías que se estampan por otros escritores, más vale no hablar; por razones de moralidad pública debieran estar sus obras equiparadas á esas otras que se venden clandestinamente y contra las cuales ha emprendido el Gobierno una campaña de persecución. Y perdónenos Campión que al hablar de su novela hayamos aludido á gentes que lucran con la liviandad de sus lectores y á quienes cabe aplicar aquellas palabras de un admirado maestro: son fabricantes-de novelas afrodisíacas, cuyos títulos no deben manchar el papel.

De intento dejamos para el último lugar de este artículo la cuestión de trascendencia indudable que en *La Bella Easo* se plantea. Don Arturo Campión, enamorado como el que más del solar vasco, no puede menos de contemplar con dolor que San Sebas-

tián va perdiendo sus caracteres de pueblo euskaldun, merced á influencias extrañas, y lo que aún es más triste, á un inmoderado afán que impulsa á los donostiarras á convertir su ciudad natal en una población cosmopolita con notoria *capitis diminutio* de los timbres de su estirpe vasca. Este es un hecho cierto, que está á la vista de cuantos consideran el desenvolvimiento de la vida de San Sebastián en estos últimos años.

Puede decirse que la capital de Guipúzcoa es de ayer, puesto que su total reconstitución arranca de principios del siglo próximo pasado; mas así y todo, se ha venido manteniendo en San Sebastián cierto espíritu tradicional, acaso exagerado para el sentir de algunos. Los escritores locales han añorado en sus obras los viejos tiempos en que la Puerta de Tierra se erguía donde hoy arranca la calle de Garibay y en que el puente de madera de Santa Catalina estaba distante del recinto murado de la población; la musa festiva de Marcelino Soroa cantó las *Kořkas* de San Vicente; Siro Alcain describió la vida reposada y apacible de los moradores de Donostía; Francisco Lopez-Alen pintó con entusiasmos de enamorado la Brecha y San Telmo; Antonio Peña y Goñi apenas llegaba de Madrid á pasar la temporada veraniega á su ciudad natal, y aún sin sacudirse el polvo del viaje, corría al muelle á contemplar de cerca el castillo de la Mota, la dársena y el pintoresco barrio de la Jarana. Los naturales de San Sebastián se mantenían apegados á la tradición donostiarra, que les hacia apellidar *erri berriya* como si se tratase de una urbe lejana, la parte nueva de la ciudad. Recuerdo de cierta señora que murió sin traspasar los límites de la calle del Pozo, porque cuantas veces se intentó por las personas de su familia llevarla más allá del Boulevard, opuso tenaz resistencia.

Estos detalles que quizá revelen, á los ojos de algunos, un apasionamiento exaltado, indican que en San Sebastián había una corriente de opinión fuertemente apegada á la manera natural de ser de la ciudad; y así se explica que durante mucho tiempo, á pesar de haber alcanzado la capital guipuzcoana un desarrollo verdaderamente asombroso, no se hubiesen perdido las notas características que diferenciaban á San Sebastián de otras poblaciones y aún del resto de Guipúzcoa; y así se comprende también que, como muy acertadamente hace observar el Señor Gáscue en su prólogo á *La Bella Easo*, los que de tierra adentro venían á Donostía á establecerse, andando el tiempo, se asimilaban las condiciones de los nacidos en la ciudad y no se distinguían de ellos, ni en su indumen-

taria, ni en sus costumbres, ni aún en su lenguaje, que á más de uno hemos conocido que ha aprendido el vascuence en edad madura.

Hoy la mirada del menos lince advierte que se produce el fenómeno contrario. Los donostiarras van adaptándose á pasos acelerados á un medio extraño; en el afán de agradar á los que visitan la ciudad, no tienen reparo en perder aquellos rasgos de su fisonomía moral, que constituían la nota indicatriz, la peculiaridad de los habitantes de la antigua Izurun. La inmoralidad acude al amparo de la influencia poderosa ejercida por las gentes que visitan la capital; y en este particular, preciso se hace decir que el peligro de San Sebastián, no procede tanto de la invasión de las gentes de allende el Ebro, con no ser esta nada favorable á la vigorización del euskarismo de los donostiarras, como de aquella otra que afluye de las regiones que se extienden más allá del Bidasoa; y es oportuno agregar que no es el juego, á que se rinde culto especial en determinados centros, el vicio que más estragos causa en San Sebastián, sino su obligada secuela de otras enfermedades morales, siendo la predominante acaso la frivolidad que determina el excesivo afán del lujo en el vestir; este mal social es el que impulsa á la caída y á la perdición á las mujeres, especialmente á aquellas que pertenecen á las clases humildes: Guadalupe, de *La Bella Easo*, es un personaje representativo de este fenómeno.

En otras poblaciones vascongadas — en Bilbao especialmente — se ofrece de continuo, por exigencias ineludibles de la vida agitada de la industria y del comercio, un choque entre las costumbres vascas y las extrañas al país. Pero la inmensa mayoría de los naturales de aquellas ha emprendido un fuerte y saludable movimiento de reacción — que aquí anotamos, con absoluta independencia del alcance político que tiene — y gracias á su labor se mantiene una perfecta distancia entre la manera de ser del elemento indígena y la del alienígena, y se tiende á evitar la absorción de aquél intentada por este.

En San Sebastián, un excesivo y mal entendido apego á los intereses materiales, empuja á las gentes á ofrecer á los extraños una tal serie de atractivos que aún se pretende por algunos dar de mano á ciertos principios inmutables de la moral para no escatimar medios de diversión y de entretenimiento á quienes visitan la ciudad. La hermosura que se mantiene recatada y honesta inspira todo género de simpatías y respetos; las bellezas que se engalanan para ofrecerse tienen un nombre muy

expresivo en la lengua francesa. Y el peligro de San Sebastián estriba precisamente en ese afán inmoderado de engalanarse con exceso, sin tasa ni medida, y con riesgo inminente de perder en poco tiempo todos los rasgos que como á población vascongada le han distinguido.

Campión da la voz de alerta contra ese mal; y forzoso es declarar que le sobran motivos para ello, y para temer que si no se rectifican los rumbos seguidos, San Sebastián ha de acarrear días de negro luto para los amantes del País Vasco.

BONIFACIO DE ECHEGARAY.

Castro-Urdiales. — Agosto 1909.

